

Además el lector, con sorpresa, encontrará lá incomprensión española a su llegada al Imperio y la verdadera destrucción, por parte de los blancos, de la obra inteligente y cuidadosa de los indios.

Es un libro que conviene leer para aclarar conceptos raciales y más profundo conocimiento de la historia de nuestra América.

«SEWELL»,

<https://doi.org/10.29393/At257-258-304SEDI10304>

Una de las características que se utilizará en la definición futuro de la producción literaria de esta primera mitad del siglo XX en Chile, es la denuncia social. La mayoría de los escritores que han iniciado una labor artística, a través de los últimos años, cuentan a su haber una o varias obras en que describen la miseria, la lucha por subsistir, las injusticias y la sordidez ambiente en diversos sectores nacionales. Las generaciones pasadas de escritores también efectuaron denuncia social, pero no con el carácter de consigna consagratoria de la actual.

La actitud denunciante entre los escritores nuevos o que se inician, tiene para ellos sus ventajas: marchan por el sendero de realidades de inagotable riqueza dramática, los problemas humanos pueden ser cogidos fácilmente porque, aunque intensos, son simples, les permiten las descripciones del paisaje de nuestra tierra y tienen asegurada la simpatía de un buen número de lectores.

Después de leer «Sewell» de Baltazar Castro, décimo volumen de Colección «La Honda», cayó a nuestras manos un artículo, cuyo autor no interesa, en el cual se hace un ligero parangón entre las producciones literarias actuales de Argentina y Chile. Clasifica a la primera de vaga, intimista, y con cierto desdén añade que aun sigue los cauces de Proust y de Joyce y a la nuestra de vigorosa, patética, avanzando hacia muy amplios horizontes. Siendo muy verdadera la afirmación sobre

nuestra literatura, es inconcebible enunciar como etapa literaria a superarse, el escribir siguiendo la corriente proustiana. Ambas producciones surgen de terrenos psicológicos opuestos: el de la vida interior y el de la vida exterior, formulando la diferencia en forma simple.

Una obra a lo Proust, requiere un sacrificio de tiempo que puede consistir en cada instante de la vida; un esfuerzo de la voluntad que inclina todas las potencias intelectuales y toda la cultura requerida, en un empeño de introspección generalmente doloroso, cuyo resultado tiene la trascendencia de entregar los más sutiles matices, los más imperceptibles y misteriosos movimientos del espíritu humano.

Esquemmatizando brevemente las condiciones necesarias a lo Proust, no hay necesidad de precisar calidades ni establecer parangones dentro de un terreno puramente artístico, con la producción descriptiva, extravertida y denunciante. Basta la consideración de la diversidad de esfuerzo intelectual que se requiere en la realización de obras de uno u otro tipo.

«Sewell» pertenece al género «denuncia social», con ciertos caracteres que hacen eficaz su empeño. La presentación simple, no entreverada de técnicas presionadoras, de condiciones de vida sórdidas y arbitrarias, eleven la categoría artística de esta obra sobre otras del mismo género.

Cuatro o cinco estampas de la vida de los obreros en las minas de Sewell, entre las cuales circula un realismo sin retorcimientos ni exageraciones; trazado con rasgos precisos, simples, perfectamente ajustados a una psicología, alguno de los personajes puede simbolizar un tipo proletario. El estilo es de gran potencia natural y dejan una impresión hondamente patética sus descripciones de paisajes y dos escenas de la obra: aquella en que dos mineros permanecen a la vera de la muerte, encerrados en el polvorín de la mina, y la segunda cuando uno de ellos, suspendido sobre el abismo, ve la sangre que anuncia cumplido el proceso de su enfermedad.

No conocemos la obra anterior de Baltazar Castro; es «*Se-well*» la única producción que nos revela su personalidad y apartándonos de toda posición respecto a «literatura denunciante», lo consideramos por su estilo poderoso, natural, grávido de una ponderada dramaticidad, uno de los valores más definidos de la presente generación.

«TAN SOLO EL MAR».

La Editorial Tegualda, con pulcritud y buen gusto en que se esmera, ha entregado al público esta colección de cuentos de Gabriela Henríque Descat. Nos aventuramos en la afirmación que la escritora era muy poco conocida en Chile, su país, porque ha sido considerada en crítica oficial, como iniciando una producción literaria nacida efectivamente en Argentina, donde ha publicado una o dos obras consideradas de sólido mérito.

A través de «*Tan solo el mar*», nos da la impresión de una artista, que sin apremios y con placer, se entrega a imaginar episodios narrados con certera técnica. Sus cuentos no tienen otra finalidad que la de realizar un temperamento artístico cuya inquietud la lleva a desarrollar cuentos sin preferencia entre lo dramático, lo jocoso, emotivo, etc., enamorada del placer de construir con maestría relatos breves de corte clásico.

«*Tan solo el mar*», primer cuento del volumen, exhala una poética y vaga melancolía. «*El Incendio*» encierra notas psicológicas dramáticas, ante las cuales la artista se detiene sugiriendo únicamente intensidad. Ocurre lo mismo en «*José Ramón*», cuento campesino y realista. «*El huésped indeseado*» alcanza una concepción de conflictos sutil y el drama íntimo es más entregado por la escritora.

Es flexible, natural y ágil el estilo, Gabriela Henríque posee una elegante seguridad en sí misma.

«*Tan solo el mar*» deja una impresión muy agradable por la estructura liviana de los cuentos y por cierto sabor a creación tradicional.